

LA VERDAD

SEMANARIO POLÍTICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Número suelto . . . 0'20

Provincias, trimestre . 2'40

Tarifa, un mes . . . 0'80

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

SANCHO EL BRAVO, 6

Año I.

Tarifa, jueves 10 de Julio de 1930

Núm. 6

El Ayuntamiento de Tarifa acude a los Tribunales, pidiendo la revocación de un acuerdo lesivo a los intereses del pueblo

Antecedentes del asunto

Constituye uno de los acuerdos del Gobierno que preside el ilustre general don Dámaso Berenguer, el amplio criterio con que juzga la obra realizada por los Ayuntamientos de la U. P., amparados en sus desafueros por el Directorio y su legítima sucesión ministerial.

Y esa amplitud se extiende a no dejar impunes los desaguisados de «concepciones románticas», convertidas luego en actos de positivismo, propios de un espíritu mezquino. Hubo quien se creyó era un Mirlo blanco y tocó sus «albas plumas» por las negras del cuervo, al ver cercana «la carne muerta».

Dejemos la «lírica...» Vamos a tratar «cosas serias»: los intereses económicos del pueblo de Tarifa.

Conviene, en primer término, expresar fielmente lo acordado por la Comisión municipal permanente al proponer declare el Ayuntamiento pleno el acuerdo que el mismo adoptara en Cabildo de treinta del mes de Noviembre último.

Dice así:

«Examinado el Real decreto del Ministerio de la Gobernación, fecha doce del actual y publicado en la *Gaceta* del día catorce, como asimismo los antecedentes sobre el particular, fué acuerdo de la Comisión permanente, adoptado por unanimidad, proponer al Pleno municipal, previo cumplimiento de lo dispuesto para estos casos por el artículo ciento cincuenta y seis del Estatuto, acuerde declarar lesivo, al efecto de recurrirlo contenciosamente, el acuerdo adoptado por el Excmo. Ayuntamiento en sesión del treinta de Noviembre último, y por virtud del cual fué aprobada la relación de obras ejecutadas por Construcciones y Pavimentos S. A., de Barcelona, en cuanto exceden de la cantidad consignada en el Presupuesto extraordinario aprobado por la Corporación, como igualmente la no aprobación de las cuentas, aún pendientes

de este trámite, por obras ejecutadas y no comprendidas en los Presupuestos para las mismas.»

Conforme al artículo 156 del Estatuto de 8 de Marzo de 1924, que rige la materia, el expresado acuerdo del Ayuntamiento, resolutorio del ejercicio de acciones en vía contenciosa-administrativa, debe ser adoptado visto dictamen emitido por uno o dos letrados, sobre la procedencia o no de la interposición de recursos en el Tribunal competente.

Dada la importancia del asunto, se estima por la Corporación es preciso conocer el parecer de dos jurisperitos, antes de acudir a la jurisdicción contenciosa.

Para debida inteligencia copiamos el acuerdo de 30 de Noviembre de 1929, que se estima lesivo a los intereses procomunales.

«Examinada la relación de las obras ejecutadas por «Construcciones y Pavimentos» S. A. de Barcelona, según consta en el documento que suscribe el señor Arquitecto-Director de las mismas, don José Romero Barrero, cuya relación asciende en total a pesetas ciento noventa mil setenta y cuatro y setenta céntimos, fué acuerdo del Excmo. Ayuntamiento, después de aprobar la relación de referencia, que la diferencia resultante entre el importe de dicha relación y lo consignado para obras de urbanismo en el Presupuesto extraordinario aprobado por la Excmo. Corporación con fecha veintiuno de Junio de mil novecientos veintiocho, (diferencia que asciende a pesetas ciento veintiocho mil trescientas once y setenta y dos céntimos), se reconozca a favor de la expresada Sociedad «Construcciones y Pavimentos» S. A. de Barcelona, consignándola a su nombre para su liquidación y pago en la forma siguiente:

Pesetas ochenta mil, en el Presupuesto que ha de examinarse y apro-

barse en el día de hoy por la excelentísima Corporación, y cuyas ochenta mil pesetas serán abonadas a la entidad acreedora cuando el Estado haga efectiva a este Ayuntamiento la subvención de igual cantidad que le tiene concedida por la construcción de los dos grupos escolares; y pesetas cuarenta y ocho mil trescientas once y setenta y dos céntimos, en el Presupuesto a regir para durante el año económico de mil novecientos treinta y uno, cubriendo dicha consignación por lo que afecta al Presupuesto para mil novecientos treinta, con el ingreso

de igual suma por el concepto de subvención antes referida.»

No queremos causar al lector comentando la irregularidad del acuerdo de 30 de Noviembre. Quédese para otro día, sin que por nuestra parte nos permitamos invadir la órbita de los Letrados consultores del Ayuntamiento.

Será sólo un ligero comentario periodístico, «sin ínfulas» de leguleyo. Algo sencillo...

R.

REPORTAJE NOVISIMO

El espiritismo es utilizado con éxito

Uno de nuestros reporteros da hoy muestra de sus actividades usando el espiritismo con cierto desenfado.

En los tiempos actuales todo es lícito al periodismo.

Allá va lo que nos cuenta nuestro compañero de redacción.

Conocido de todos es, que muchos individuos cuando se ven observados, adoptan posturas ridículas o que no concuerdan con su tipo y gesto habituales. Por esta razón, la profesión de fotógrafo es más difícil de lo que a primera vista parece, y si no, veamos.

Llega fulanita y dice: quisiera un retrato de cuerpo entero...

—¿Fotógrafo?

—¡Colóquese aquí; mire a este punto que le señalo; cierre usted esa mano; no se ponga tan seria; sonríase un poco; no, no; a ver, quieta...; ya está, y efectivamente está, pero está hecha una lástima; los ojos abiertos con exceso o exageradamente cerrados, no expresan lo que los suyos, la postura fingida y forzada, y la fotografía, en fin, es otra persona!

Motivo de esto, el fingimiento y la falsedad, puesto que aquella señora no tenía ganas de mirar hacia arriba, ni de sonreír, ni de ponerse de perfil y, sobre todo, se sentía observada.

Exactamente igual ocurre en el orden moral cuando ha de entrevistarse a cualquier persona; es decir,

que al saber el objeto de la visita tose un poquito, mira con fijeza escrutadora el rostro de su interlocutor y exclama: ¡con que para LA VERDAD, eh! Bien, bien; mire usted yo, es decir, le diré, añadiendo otras lindezas por el estilo, y mientras tanto toma las posturas necesarias para engañar en primer lugar al reporter y en segundo al público, manifestando precisamente lo contrario de lo que siente o piensa.

Por este motivo, nuestra entrevista de hoy será original; será verdadera; porque no fué hecha a la persona sino al espíritu del conocido israelita y hombre público, don Ismael Sordera.

Nos entrevistamos para ello con un conocido espiritista de la localidad, el cual empleando los ritos de costumbre, invoca y requiere, valiéndose del obligado medium, al espíritu en cuestión.

—¿Está presente el espíritu de don Ismael Sordera?

—Presente y dispuesto a contestar...

—¿Podría decirme «toda la verdad» de lo que voy a preguntar?

—...¡Los espíritus no mentimos nunca!...

—Empecemos pues.

—¿Siente usted verdaderamente la política?

—¡Verá usted, yo no siento la política, ni la comprendo, ni la entiendo!

—Pero, hombre, ¿entonces cómo actúa usted con tanta actividad en ella?

—Esa es otra cuestión. Usted sabe que adquirí gran amistad con mi jefe político cuando jugábamos al «bacarrat» en el casino y lo pelábamos entre las *bogas* y yo. ¡Que tiempos aquellos!, y si no que se lo pregunten a Ramiro, que todos los días sacaba para los albañiles; fíjese que desde que se suspendieron aquellas amenas sesiones—sin duda porque la señorita se enteró—ya no hace Ramiro más obras, y ni siquiera ha comprado el automóvil, porque él se decía, y decía bien, que ya que el señorito le había pagado el garage, que le pagara también el auto.

—Bien, bien; pero no me hable de Ramiro, hableme de usted.

—Pues como iba diciendo, al acabarse aquellas partidas memorables, me dije; ¿Qué forma tengo de seguir viviendo?; porque usted no desconoce que yo ni trabajo ni sé trabajar en nada, ni trabajaré nunca, y mi único oficio es el de «tirarle de la oreja a Jorge».

Entonces, tuve la feliz idea de intervenir en política y afiliarme al partido del señorito, única forma, a mi entender, de continuar el juego.

—Y dígame, ¿consiguió usted su objeto?

—En parte sí y en parte no. De aquí viene mi resentimiento con mi jefe; yo acariciaba la idea de que se me diera un cargo retribuido y le puse los puntos al de «depositario»—contando desde luego con que la fianza me la pusiera él—(es decir ella), pero no pude nunca conseguirlo y todo el beneficio que me ha hecho, se reduce a sacarme de vez en cuando de ciertos apurillos económicos.

—¿Conoce usted a fondo a su jefe?

—Le diré; yo creía conocerlo, pero hasta ahora no he llegado a conocerlo a fondo; es decir, yo sabía que como gobernante es una calamidad; porque el individuo que no ha ganado nunca dinero no sabe el valor que tiene; conocía, además, lo amigo de «cuentos y chismes» que es; tampoco se me ocultaba su fatuidad—quiero decir—que gustaba de llamar la atención con «movimientos de galería»; por esta razón salía de su casa haciendo piruetas, moviendo artísticamente el bastón, contoneándose y dándose golpeitos con él en la parte baja de su bien planchado pantalón, correspondiente a su pierna derecha, (la izquierda no le es grata). Pero túvelo siempre por caballero, hasta que un *bocinazo de la Sirena* me ha venido a demostrar lo contrario, y si no dígame: ¿Es de caballeros publicar cartas particulares y privadas sin la debida autorización del que las escribió? ¿Qué caballero penetra en el despacho de un señor en ausencia de éste y curiosear e investiga en los documentos privados del mismo? ¿Le gustaría al caballero en cuestión que se publicaran ciertas cartas que yo conozco, que él ha dirigido a personas de esta localidad?...

—Mire usted, amigo Sordera, el entrevistador soy yo; así es que perdóneme no le dé mi opinión. Yo lo que veo mal es que habiendo sido usted un incondicional de ese sujeto, no le diera a usted el cargo prometido; sería sin duda porque usted no sabría pedirselo, «ni darle coba»...

—Que no le di coba? Verá usted, tanto le supliqué; tanta «coba» le di y tanto lo adulé, que hasta por él fui poeta.

—Caramba, amigo Sordera, ¡que calladito lo tenía usted! Y ¿pueden saberse algunos de los versos que le dedicara?

—Allá va uno.

—Eres para mí Carlitos mío
y eso lo sabes tú
como para los ojos de un
desgraciado ciego
sería la luz.

—¡No me reviente usted amigo don Ismael!, es usted más malo que Becquerito.

—Señor *Te-kalé*, si me promete usted no molestarme con más preguntas, voy a hacerle una revelación.

—Lo prometo; dígame.

—Le diré. Mi jefe es un convencido de su fracaso; usted no ignora las gestiones que hizo para afiliarse al partido de don Serafín, y que fueron rechazadas sus proposiciones; pues bien, él se ha dicho: yo ni tengo influencias, ni amistades sinceras, ni dinero, ni talento, ni nada que pueda hacerme ganar una elección para diputado; además, don Serafín no me quiere por las buenas. ¡Qué me hago, santo Dios?; dame una idea. Ya está... seguiremos el ejemplo de don Pedro Llinar: haré campañas; daré guerra; y don Serafín me ofrecerá el distrito tan «suspirado».

—Vista que tiene uno.

Por el reportaje

T. K-Lé.

PERDIDA

Se gratificaría a la persona que presente a sus legales dueños la llave de la Plaza de Toros de esta ciudad y sus libros de contabilidad que fueron extraviados en su intentada y última sesión borrascosa, intervenida por un novel accionista.

Para «La Sirena»

Leo en el periódico así titulado, un artículo en que se alude a la humilde aldea de Facinas; como el ser humilde no lleva unido «la tontería», vamos a referir algunos hechos y formular varias preguntas. Estimáramos que éstas se contestaran claramente.

¿Quiere decir el presidente de la U. P. y exalcalde de Tarifa, el número del acta capitular en que consta el libramiento de las tres o cuatro mil pesetas acordadas para la aldea de Facinas?

Hacemos la anterior interrogación, al conocer que dicho señor está completamente falto de memoria.

Debía recordar que una comisión de vecinos de Facinas le visitó solicitando alguna subvención para atender a la feria de esa aldea, diciéndole ese exalcalde no podía ser atendido el ruego hasta el año siguiente, una vez aprobado el presupuesto. En ese ejercicio le concedieron «mil pesetas», como constará en actas. El Ayuntamiento actual, entregará esa suma a la Comisión de Festejos a su debido tiempo, cantidad que unida a la recaudada entre los industriales y vecinos de la aldea será invertida en fiestas populares, sin dedicar ninguna parte de tal subvención a costear banquetes a significada persona.

Los vecinos de Facinas no tienen que morder anzuelo alguno con «carnada electoral». Cuando llegue su día, veremos lo que ha de hacerse.

Ahora sólo diremos que nunca se olvida a quien hizo algún bien, cual fué donar los «tubos de la conducción de aguas»; la misma personalidad que durante la epidemia gripal—que dejó tan dolorosos recuerdos—alivió los sufrimientos causados con cuanto estuvo a su alcance, facilitando «leche, carne, etc.», gestionando del Gobierno designara un Médico que auxiliara al titular; gracias al señor Zamora, con sus asiduos desvelos pudieron salvarse muchas vidas. Todo esto se debió a la buena voluntad de don Serafín Romeu Fagés.

Estamos seguros de que si más le hubiesen pedido más hubiera concedido. No se extremaron las peticiones por no estar acostumbrados los vecinos de Facinas «a que le otorgaran nada...» Por ello fuimos «cortos» al pedir a don Serafín Romeu su eficaz protección y ayuda positivas.

Volvamos al asunto de «los tubos».

¿No fué usted, señor presidente de la U. P., incumplidor de su palabra dos veces empeñada de mandar siquiera 40 tubos de hierro viejo, o sean 80 metros que, por ser pobres en el pedir, nos faltan para llegar al nacimiento de las aguas. En cambio, los vendió usted como «chatarra» inútil?

En contrario, dentro de breves días serán colocados nuevos «tubos» concedidos por el actual Ayuntamiento. De otras mejoras que a esta Corporación se deben, diré que la reguera está enmadronada hasta «Los Molinos» y se espera continúe conseguir llegue a la «célebre presa» evitando así, la continua corriente de agua y fango por la «calle Real», quedando transitable esa vía pública y fácil el acceso al «Casino de Facinas».

Respetable señor: Sírvase decirnos los beneficios que usted concedió durante su paso por la alcaldía.—¿Recordamos sus actos? Un reparto inquitativo, un aumento del cincuenta por ciento en arbitrios sobre «chacina de todas clases.—Una exacción por

reconocimiento sin prestarse tal servicio, de una peseta veinticinco céntimos en fracciones de cinco kilogramos.—Otro nuevo impuesto de quince céntimos por fanega de cereales.

Por todo esto y algo más, le estamos muy agradecidos.

Sin duda alguna *La Sirena*, con medio cuerpo de mujer y otra mitad de «pez escamoso», quiere llevar a la aldea de Facinas, la mitológica «caja de Pandora». No aceptamos los ofrecimientos del semanario aludido.

Déjenos en paz. No son precisos sus oficios.

CLARITI.

DEL EMPRÉSTITO

MUNICIPAL

Por la inversión de las pesetas 650.329'01, tomadas al Banco de Crédito Local, se pagará la suma de pesetas 1.575.040'20 (un millón quinientas setenta y cinco mil cuarenta pesetas con veinte céntimos).

Críticas de pueblo

No sé a qué achacarlo; no encuentro el motivo que pueda existir para que transcurra un día y otro sin poder encontrar por ningún lado a los buenos amigos que me han ilustrado estos días con sus charlas.

He paseado por la Alameda, punto de reunión otros días, y a ninguna hora han parecido.

Tampoco por la calzada, sin perder de vista la marquesina del Círculo, lugar de recreo de los preocupados y que en otras ocasiones he visto al más grueso de ellos en continua discusión con los socios, empleando a cada momento frases bastante irónicas.

Casi he llegado a creer que había surtido efecto en estos señores el calibre 42, cuando de la noche a la mañana se habían eclipsado en esta forma.

Con la esperanza perdida encaminé mis pasos a casa, y al atravesar los jardines de la plaza de Santa María, observo que en uno de sus bancos, junto a las preciosas ranas, se hallaban sentados dos de los que con tanto interés había buscado por otros sitios.

Hablaban en tono bajo, y como con temor a que fueran oídas sus palabras; con el pretexto de ver las flores, me acerqué a ellos cuanto pude, a fin de enterarme, lo cual conseguí en parte.

Comentaba el más anciano la actuación del alcalde, remontándose a la fecha en que sólo era presidente de la U. P., nombramiento que adquirió por iniciativa del señor Morales, alcalde de la Dictadura en aquella fecha.

—Desengañese usted, amigo mío —decía—; desde el momento en que

se vió nombrado presidente de la U. P., acarició la idea de hacerse cacique.

Para ello no tuvo en cuenta que había sido el señor Morales quien lo nombrara presidente, y aprovechando ausencias del mismo en la Alcaldía, en unión del secretario de la Corporación, confeccionó el presupuesto del año venidero, sin tomar parecer a nadie.

Puso precio demasiado elevado a los frutos de bellotas, sin duda para que quedaran desiertas las subastas, como ocurrió, y a espaldas del Ayuntamiento comisionó a un antiguo rematador de estas dehesas para que vendiese las bellotas como si hubiera sido cosa propia.

—Hombre, por Dios, que me parece que está usted exagerando mucho en lo que dice—exclamó el compañero.

—No lo crea usted; así se comentaba en aquellos tiempos, como también me dijeron que en un café céntrico, en compañía del secretario, se habían vendido bellotas como si fueran productos de montes particulares. Nada de esto sabía el alcalde, que creo estaba enfermo; al enterarse como era consiguiente, tuvieron rozamiento, y de ahí vino el trabajo en Cádiz para la destitución del mismo, y ocupar él la Alcaldía, quedándose al conseguirse, dueño y señor absoluto del Ayuntamiento.

—Y dígame usted, ¿no se murmuraba por entonces que lo causa principal del disgusto de ambos era porque Morales no quería gravar al pueblo con lo del empréstito, y al otro se le metió en la cabeza hacerlo, y por eso trabajó para echarlo fuera de la Alcaldía?—le dijo el otro.

—También se susurraba eso, y claro, quizá ambas cosas contribuyeran para ello—agregó—. Ya posesionado de la Alcaldía, principió por nombrar concejales que le debieran favores particulares, para poder contar incondicionalmente con ellos; por este motivo hizo y deshizo cuanto tuvo por conveniente, llegando al extremo de exigirle a la permanente le dieran un voto de confianza para sin consultar con nadie hacer su capricho en todo.

Confeccionó los presupuestos a su antojo, aumentándole los sueldos a los empleados que le eran... más simpáticos sin duda; dándose el caso de que al segundo oficial de contaduría le asignara más sueldo que al primero, y que sigue cobrando en la actualidad.

Dígame usted con sinceridad, si no tengo razón. ¿No son estas cosas para poder decir de quien las hace que es un cacique?

—No le quito la razón, pero se aumenta mucho las cosas, y a veces se le da importancia a lo que no tiene—añadió el amigo.

—Pero, hombre de Dios, si aunque no se quiera hay que hablar, ya que

tanto tiempo hubo que estar callado; si cuando se vió en el poder no había más voluntad que la suya; si se dió el caso, cuando las expropiaciones para la reforma del Miramar, de mandar echar fuera de las casas a los vecinos, sin consultar con los dueños, y hasta hay quien añade que algunos todavía no han cobrado.

—Le repito que serán suposiciones; no puedo creer que le adeuden a nadie por ese concepto—le contestó.

—¿Ah, no lo cree usted? Pues yo conozco uno que, si no es en lo del Miramar, para el caso es igual: a la antigua dueña de los terrenos donde están enclavados los depósitos de las aguas, se le adeuda su importe.

A esta señora, que es viuda y no tiene más patrimonio que esas tierrecitas, le notificaron que en sus terrenos había que construir los depósitos para el agua, y ella, obrando caballerosamente, contestó que podía disponer el Ayuntamiento de los que necesitara para ello, y en cuanto a precio lo dejaba a elección del señor alcalde, porque creía lo haría en conciencia, y tan en conciencia lo hizo, que dejó de ser alcalde sin haberle abonado un céntimo.

—¿Y será posible que ni siquiera le moviera a pagarle el hecho de ser viuda y no tener otro medio de vida que la pequeña renta que le producían esas tierras, mermada en parte con tal motivo?—añadió su interlocutor.

—Pues, así es; no le han pagado aún, pero en cambio hubo dinero para emplearlo en vanidades y tonterías.

En cuanto a los pobres empleados también sufrieron lo suyo. Habrá usted leído el caso de Guitar, y el del antiguo guardia municipal de Facinas, con más de veinte años de servicio, lo destituyeron por la enorme falta de ser honrado y cumplir con su deber, llevando la cosa al extremo de construir un garage en la aldea para hacerle competencia en la empresa de viajeros que tenía el hijo.

Otro caso digno de censura por el perjuicio que le ocasionó, el cometido con el empleado por guerra señor Amaya, y algunos otros más que no recuerdo de momento.

Por eso recordará usted que cuando leíamos en «La Unión» lo que escribían con motivo de la cesantía de su director señor Terán, aún me causaba risa, pues era debido a que sabía todo esto y pensaba en lo desmemoriado que eran estos señores, que tan pronto se olvidaban de sus actos.

Ahora bien, que le queda la satisfacción de poder decir que, de los alcaldes que ha tenido Tarifa, a ninguno se le ha homenajeado en Facinas como a él.

¿Cuándo se vieron las fuerzas vivas de esta aldea y sus alrededores asistir con más civismo y voluntad a un banquete, como al que fué organizado en su honor?

¡Nunca! Jamás se presenció allí otro igual. Aparte de que se hiciera en los vasos alguna cosa que no es corriente en estos actos, en lo demás reinó la alegría, el gozo, la fraternidad y, sobre todo, se habló mucho y se prometió más, y con vivas y aclamaciones al homenajeado se dió por terminado aquel acto, del que guardaremos por mucho tiempo grato recuerdo.

Fórmese usted juicio, amigo Luis, de lo grande que sería la satisfacción experimentada por el organizador, al ver reunido espontáneamente a tan considerable número de personas de todas las clases sociales.

Y ahora recuerdo: no le he dicho nada referente al arreglo de la calle de la Luz; como es tarde, lo dejaremos para otro día, si le parece.

ANUNCIO

Caballero correcto por el traje que usa, se ofrece por poco precio para sacar motes a político actual régimen, corrector de pruebas periodísticas, con talento ajeno, grandes amistades con los prestamistas por dedicarse a este lucrativo negocio. Especialista en retro-ventas a corto plazo y bombos propios.
Razón: Plaza Sagasta n.º 2.

Remitido

Sr. Director del semanario LA VERDAD
Muy señor mío:

Habiendo leído la carta de Troya, inserta en *Unión de Tarifa*, en la que tan directamente se me alude, como asimismo a mi padre, no puedo por menos que tomar la pluma para decir a ese señor no me extraña ataque de forma tan ruin a un obrero, pues entiendo sea este el medio con que se gane el jornal y que mercadee con su prosa sirviendo a quien le pague, y no le importe poner, si su señorito se lo manda, que el sol sale de noche. Lo que si me extraña sobremanera es el proceder del señor Núñez Manso, que dada su posición social, descienda a tan bajo procedimiento para atacar a un modestísimo empleado que dejó cesante a los veintinueve años de empleo y sesenta y dos de edad, «sin más causa que la que sus aduladores le quieren contar».

Por venir a mi memoria este cuento, lo inserto, y que se titula: *El lobo, el escribano, la hiena y el cordero*.

«Pues señor... Era un lobo—y como los lobos son tan dañinos—que quería para sí o para otro, instalar un monopolio lechero, y fué a la hiena con el cuento, que le quiso contar sobre el cordero. El escribano daba la razón al lobo sobre que el cuento era verdad, y la hiena, llevada de la amistad y a fin de tener «manso» al lobo, le dió la razón, y... claro, trató por los medios posibles concederle lo que le

procuraban. El cordero, viendo la celada que se le tendía, fué a casa de la hiena a implorar no se le hiciera daño. Pero... ¡cá... quita hombre!... no se le hizo caso. La madre de la hiena enterada de los justos ruegos del cordero, imploró o su «hija» por él, pero nada; la hiena, llevada de su mal instinto, no hizo caso de nada. Y... viendo que no podía—por arbitrario—conceder al lobo el monopolio, persiguió a muerte al cordero a fin de eliminarlo, y siempre que pudo hacerle daño se lo hizo, llevándolo de un lado a otro, quitándole la comida... abusando de su superioridad.»

* * *

En mi carta inserta en LA VERDAD no tuve la intención de atacar al señor Núñez Manso, porque a decir verdad, le temo. ¿Qué no haría conmigo y qué no diría de mí—de un obrero—cuando tanto ha dicho de personas que por su posición, edad, etcétera, le deben ser más respetables que yo?... Quise, con mi carta, hacer ver al señor Núñez su error; pues con un empleado que contaba veintinueve años de empleo, en distintos regímenes, y sesenta y dos de edad, se debió tener más consideración, más humanidad y más alteza de miras mirando a su edad, y no obrar, acaso inducido, tan despiadadamente, se hubiera evitado tildarse con la censura de un pueblo, pues todos, sin distinción, censuraban su conducta como anómala.

Hoy, vista su manera de conducirse y su ataque en la prensa, en forma que desdice en mucho de lo que blasona, se repiten las censuras, que le cierran el paso y le hacen imposible el retorno a lo pasado. ¡Mas nunca volverán aquellos tiempos de su poderío! Arrojado y abandonado hasta de los que le fueron adictos; no le queda otro recurso que el «pataleo» y las armas de la mentira, para atacar a un modesto obrero, que solo merece respeto y veneración.

«Bienaventurados los que padecen, inicuamente, persecución de las iras de un cacique».

R. G.

—¿Ganó Vd. el asunto ese del divorcio?

—Yo no me dedico a tal cosa. Es mas cómodo casarse.

—¡Ah! Por eso le dicen «el mirlo blanco»...

Se anuncia la próxima aparición en las playas de un "monstruo" llamado SIRENA, que ahuyenta a los bañistas. Engulle a los mansos y teme a los fuertes.

Noticias e informaciones

Se gestiona por unos cuantos señores upetistas—democráticos de la comunidad rufiniana—la inmediata suspensión de un semanario local, aunque a costa de ello se suprima el órgano de su sentido moral, apellidado *La Sirena*.

Al semanario referido, en *Verdad* no lo conocemos. Nuestro parecer es, que ninguno de los periódicos actuales perjudicará.

Mucho menos, si de la verdad se trata.

Por la «Rufina» ha quedado a cargo del semanario *La Sirena*, en nuestra población, los dirigentes de *La Unión de Tarifa*.

Lo que hacemos público para general conocimiento y efectos consiguientes.

Otro disgusto:

Comenta *La Unión de los tres*, en su último número, que ninguno de los señores que componen la actual Comisión permanente del Ayuntamiento, pueden juzgar la obra realizada por la anterior municipalidad, fundando su criterio en tachas y recusaciones arbitrarias.

¿Pero qué demócrata se ha vuelto don Celestino? ¿Será necesario desig-

nar como «fiscal de Hacienda» a don José Calvo Sotelo y de «inspector de Obras públicas» al conde de Gnadahorce?

Sorprendimos el siguiente diálogo:
—He oído decir que...
—¡Por Mahoma...!
—Nada; lo que te digo es cierto...
—¿Pero, lo deja...?
—Para siempre o hasta otra ocasión.

—¡Cuánta ingratitud! Después de haberlo llevado al Concejo.

Éxito de propaganda:
Nuestra información del número anterior, hizo fuera numerosa la concurrencia que asistió al brillante acto convocado.

En la conferencia dada el viernes, el público rió grandemente, comentando el distinguido y escogido auditorio la interesantísima oración pronunciada.

Rogamos al disertante, no reincida en los temas ya conocidos, pues sería para nosotros molesto, tener que ocuparnos todas las semanas de saber asuntos ya suficientemente tratados.

Educación física:
Aprovechando las vacaciones, se da por un profesor titulado, clases de esgrima de tranca (42), estudio práctico en próximos ejercicios.

Entre los alumnos cuentanse perso-

nalidad tan relevante, cual el Marqués de Azogue.

Las clases tienen honorarios módicos, para facilitar su concurrencia a modestos alumnos.

UN GACETILLERO.

Salmos de David

Acción de gracias—¡Ay de los que olvidaron al Señor traicionando su poder y olvidando mercedes!—Vivirá el bueno, pereciendo los falsos de corazón.

—Alabad siempre al Señor y amo vuestro. *El os hizo de la nada*.

—Invocad su nombre. Es manso su corazón. Cantadle y psalmeadle. Narrad sus maravillas.

—Buscadlo y fortificaos: no olvidéis su rostro.

—Acordaos de cuanto hizo: de sus prodigios y de los juicios de su boca.

—No permitió Vuestro Dueño que nadie os hiciera daño: protegió a los malos, misericordioso.

—Dijo altivo; no toquéis a mis ungidos y no hagáis mal al Lobo. No melléis las tijeras. Respetad al sordo.

—Y llamó la hambre sobre la tierra y todo mantenimiento de pan quebrantó. Alabado sea su nombre entre sus fieles siervos.

—Envío tinieblas y oscureció: y no alteró sus palabras, que el céfiro borró.

—Su tierra produjo ranas y sapos hasta en el más escondido rincón.

—Dijo, y vinieron moscas de todas castas, y cínifes se posaron en los pre-

dios de Tarik. Mudó las lluvias en granizo.

—Dijo, y vino la langosta sobre los sembrados.

—Destrozó su furor los árboles. Cortó las dehesas. Arrasó los montes. Todo a vosotros y no para vosotros (*sic vos non vobis*).

—Y comió todo lo que el Erario guardaba y el fruto de las tierras se consumió.

—Hirió a los primogénitos en su solar. Las primicias de su trabajo perecieron.

—Hendió la peña, y manaron aguas. El pueblo pagó sumiso el tributo.

—Alabad al Señor vuestro, porque es bueno. Su corazón es manso. Sus garras de León.

—Creyeron en El y dió hartura a los elegidos. Combatió al Justo por vosotros.

—Mas, no creísteis en su palabra. Os consagrasteis a Bal-teran y lo olvidasteis cual hijo ingrato al buen padre, que dió cédulas y vino generoso.

—El castigo os acecha. Vuestro Dueño y Señor os abandonará a la Suprema Justicia.

—Porque le irritasteis, en las aguas de la contradicción y del empréstito, dejándolo sólo en sus aflicciones.

—Baal-teran es hoy repudiado. «La Sirena» triunfa del humilde. Se alza «Troya» soberbio. Los hijos de Tarik son menospreciados. *La Bética goza*.

—Vosotros recibiréis el condigno castigo de los ingratos.

—¡Pedid a Jehová, perdón y misericordia!

ZABULON RABBI.

Talleres Tipográficos
de EL NOTICIERO GADITANO

Notas ingenuas LEY DE VIDA

La vida humana, como la vida universal, es un constante cambio: una sucesión de estados, físicos y espirituales, mínima e imperceptiblemente diferenciados los más inmediatos entre sí; máxima y visiblemente desiguales los más distanciados en el tiempo. Mi piel de hoy jueves, no es la misma piel, no está integrada exactamente por los mismos elementos, que mi piel de ayer, miércoles; ni persistirá en su actual integridad, mañana, viernes. De las capas más inferiores del dermis surgen continuamente nuevas unidades orgánicas, que vienen a reparar, desde la profundidad, las pérdidas ocasionadas en la periferia: de la que los cadáveres celulares caen, en no interrumpidas descamación, vencidos en la lucha contra los agentes exteriores; frío calor, roces, golpes, etc. Y este imperceptible cambiar de cada día se traduce, al cabo de los años, en una alteración, bien ostensible, de la piel, que de joven deviene senil, con sus más profundos surcos, sus más elevados pliegues, su menor riqueza sanguínea, sus más dilatadas venas y sus anexos—pelos, uñas, vellos—despigmentados, secos y friables.

Y así mismo para nuestro espíritu. A despecho de todas las teorías filosóficas y místicas, antiguas y modernas, sobre la unidad e invariabilidad del alma humana, nuestro ser sensible y pensante resulta tan permanentemente cambiante en sus elementos—voliciones, ideas y emociones—, tan sujeto a la Ley de la cotidiana renovación y de la postrera decadencia, como lo están nuestra piel y nuestros cabellos. Este espíritu mío de hoy no es ya, exactamente, el de ayer, y no es aún el de mañana. Pero aquí la reintegración de los nuevos elementos no se hace de dentro afuera, de lo profundo a lo superficial, como acontece en la piel; sino de fuera adentro, de lo superficial o externo a lo profundo o interno. Las nuevas sensaciones que, procedentes del mundo objetivo exterior, van llegando a las ventanas de nuestros sentidos, son conducidas a los centros de elaboración psíquica, y transformadas, allí, en ideas,

en voliciones o en sentimientos. Y puestas en contacto con las sensaciones anteriormente percibidas y almacenadas, o bien se suman a ellas, por analogía y simpatías, afirmándolas y robusteciéndolas, o entran en conflicto mutuo, por desacuerdo e incompatibilidad, corrigiéndose o destruyéndose. De una manera o de otra las imágenes de ayer se ven constantemente influidas y modificadas, o fortalecidas o anuladas, por las imágenes de hoy, y estas lo serán, a su vez, por las imágenes de mañana.

Pero la capacidad de nuestra alma no es ilimitada, como parecería deducirse de su pretendida «inmaterialidad». No podemos estar almacenando, perennemente, nuevas imágenes, al lado de las viejas, ni nuestros centros fabriles nerviosos tienen una facultad inagotable de producción. Aquí los cadáveres, los elementos que han sucumbido en la lucha con las nuevas sensaciones recién llegadas, no pueden ser lanzados al exterior, como la piel. Ellos son rechazados hacia los pisos inferiores de la conciencia, y allí, los unos se convierten en mecanismos automáticos inconscientes, utilizables para la vida vegetativa, y los otros pasan exánimes y estériles al más bajo fondo de la subconciencia, que viene a ser la necrópolis de nuestro psiquismo.

Y así, al mismo tiempo que nuestra piel se arruga y nuestros cabellos encanecen o caen, nuestro espíritu se entorpece y paraliza, por el embotamiento de sus estaciones sensoriales receptoras y por la fatiga de sus centros de elaboración. Paralelamente a la senectud física se produce, pues, la senectud espiritual, como si la una fuese condicionada por la otra. Cuando nuestro organismo va convirtiéndose en un cementerio de células, grasientas y esclerosadas, nuestro espíritu va apareciendo como un sarcófago que, cada día más cerrado al exterior, ha de ir nutriéndose de sus propias reservas y de sus propios recuerdos. Y nadie dudaría que este alma y esta piel, secas, rugosas y decrepitas, han llegado a tal estado de agotamiento y senectud como consecuencia oblicua, fatal, de aquellos mínimos e imperceptibles cambios que cada día sufren cuando se mostraban frescas, túrgidas y fecundas.

Nuestro planeta mismo no escapa a esa ley de continua transformación; como no puede escapar, tampoco, cada uno de esos astros que, por miríadas, pueblan los espacios siderales, navegando por ellos con la misma soltura con que navegan nuestros leucocitos y nuestros hematíes por la sangre circulante de nuestras arterias. Cambian, cada día, algunos de los elementos que integran la corteza terrestre, y ese cambiar imperceptible se hace tan patente al cabo de los milenios, que permite a los geólogos adivinar a qué edad prehistórica perteneció la capa estudiada.

El humus vegetal procedente de las plantaciones y de las vegetaciones espontáneas; los aluviones formados por las crecidas y por las desviaciones fluviales; los arroyos de lava incandescente cubriendo de capas minerales campañas antes verdeantes y florecientes; las erupciones volcánicas del fondo de los mares haciendo surgir islas nuevas en la inmensidad oceánica; los millones de cadáveres de moluscos formando con sus conchas, aglomeradas durante siglos, peñascos y promontorios; los terremotos formidables que, de tiempo en tiempo, cambian la faz de los continentes, uniéndolos mares antes separados y sumergiendo pueblos enteros en la arena movediza o en las aguas sublevadas, y, al lado de todos ello, en una acción cotidiana, conducida durante centenares de siglos, lo mano del hombre, que levanta grandes ciudades, abre canales, pone presas para crear pantanos y roba continuamente espacio a los mares con los terraplenes de sus múltiples y extensos puertos, hacen que la piel terriza y líquida de nuestro planeta cambie con la misma inexorabilidad con que cambian nuestra piel humana y nuestro espíritu, supuestamente divino.

Si nos fuera posible transportarnos al planeta Marte y, desde allí, contemplar, a intervalos de siglos y con potentes telescopios, la superficie de esta nuestra Tierra, asistiríamos a ese espectáculo cambiante, imperceptible de un día al otro. Y cuanto más elocuente sería para nosotros la faz cerúlea de nuestro propio planeta si, como el Lúmen de Flammarion, pudiéramos lanzarnos por los es-

pacios interplanetarios a una velocidad superior a la de luz. Iríamos, así, encontrando, en nuestro vertiginoso caminar, los rayos luminosos anteriormente salidos de la Tierra y leeríamos, reflejada en su atmósfera luminosa, la historia retrógrada toda, física y espiritual, del globo y de su humanidad.

Pero, aún dentro de un número más reducido de años, el espectador de Marte que nos pudiera contemplar hoy, al cabo tan solo de veinte años, veríase sorprendido al notar el ritmo acelerado que nuestra vida humana ha adoptado en el planeta. Vería los Océanos atravesados por puntos negros, semejantes a enormes pájaros, desplazándose con velocidades antes desconocidas en nuestra modestia terrestre; vería otros puntos análogos, semejantes a caparazones de gigantes insectos, correr por las cintas blancas de nuestras carreteras, a velocidades inauditas para nuestros abuelos; vería, si sus instrumentos físicos eran lo suficiente sensibles para percibirlos, las capas téreas de nuestras atmósferas constantemente agitadas por ondas de todas longitudes, que conducen el pensamiento gráfico y el pensamiento hablado y la propia imagen física a millares de kilómetros, venciendo al tiempo y al espacio, los dos grandes y eternos enemigos del progreso humano, y sometiendo al poder tenaz de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia, para cimentar sobre su conquista, y hacerlas más efectivas, la libertad y la fraternidad humanas. Y aún vería, por último, a los mismos hombres de veinte años há, caminando más ligeros, más agitados, más inquietos que antes, como si por nuestros pulmones entrara un aire más cargado de oxígeno, y por nuestras arterias corriera una sangre más rica en calorías, y por nuestros sentidos la avalancha de sensaciones fuese más nutrida y más veloz.

Y al cabo de los miles de millones de siglos, el espectador inmortal de Marte podría asistir a la decrepitud y muerte de nuestro planeta, agotado por el continuo cambiar, y convertido en un cadáver astronómico, como esos que forman las inmensas manchas negras, apagadas y errantes, de las grandes nebulosas.

LUIS HERRERO.

Casablanca, Julio, 1930.